

fado. Los cantos religiosos son generalmente animados, muchos de ellos hasta son alegres canciones. La danza en la iglesia, después de la predicación, es acompañada por el canto de los demás asistentes: esta danza rítmica y viva, termina con un *galop* continuado hasta que se agotan las fuerzas de los que bailan. En los intervalos uno de los maestros dice en voz muy alta: «Acordaos de que os regocijáis aquí, delante del Señor de haber matado vuestra carne, pues este es el único uso que hacemos de nuestros miembros rebeldes.» Del celibato se derivan por sí mismas casi todas las demás prescripciones que observa esta secta. No existe familia, ni propiedad individual, sino comunidad de bienes. Todos visten de la misma manera, al estilo de los cuákeros y con la más escrupulosa limpieza. Son industriosos y activos y no toleran la ociosidad. Tienen, además, un precepto que les envidio: el de evitar todos los ruidos supérfluos, como gritar, golpear en las puertas, restallar los látigos, producir choques sonoros, etc. Uno de estos sectarios ha enunciado en los términos siguientes las máximas á que ajustan su conducta: «Haced vida de inocencia y de pureza, amad al prójimo como á vosotros mismos, vivid en paz con todos los hombres; evitad la guerra y toda violencia, no derramáis sangre ni aspireis á los honores y distinciones de este mundo. Dad á cada uno lo suyo y observad la santidad, pues sin ella nadie verá al Señor. Haced bien á todos en todas las circunstancias y con todo vuestro poder.» No hacen propaganda y los que piden ser admitidos entre ellos tienen que pasar por un noviciado que dura varios años. Cada cual es libre de retirarse de la cofradía y rara vez se da el caso de que tengan que expulsar á uno de sus miembros por alguna infracción. Educan esmeradamente á

los niños que les confían y no les admiten á profesar entre ellos, si lo desean, hasta que han llegado á la edad de la razón. Se refiere que en las controversias que han tenido sus jefes con eclesiásticos anglicanos, éstos han llevado la peor parte, pues los argumentos de aquellos consistían principalmente en citas del Nuevo Testamento. Para más detalles se pueden consultar las obras siguientes: *Maxwell's Run through the United States*, 1841, y la *History of all Religions*, de Benedict (1830), así como también el *Times* del 4 de Noviembre de 1837 y la revista alemana *Columbus* de Mayo de 1831.

Existe también en América una secta alemana que se parece bastante á la de los shakers: la de los raptistas que observan con el mismo rigor el celibato y la continencia. F. Löher da algunas noticias sobre ellos en su *Historia y posición de los alemanes en América*, 1853.

Según parece los raskoiniks forman una secta parecida en Rusia. Los gichtelianos observan igualmente castidad absoluta. Pero existió ya entre los antiguos judíos el prototipo de todas estas sectas, en la de los esenios, de que habla Plinio (*Historia natural*, V. 15). Se asemejaban mucho á los shakers, no sólo en el celibato sino en otros puntos, entre ellos la danza durante el oficio divino (1), lo cual induce á creer que la fundadora de esta secta tomó por modelo la de los esenios. Después de estos hechos, ¿qué queda de la aserción de Lutero: *Ubi natura, quemadmodum a Deo nobis insita est, fertur ac rapitur, fieri nullo modo potest ut extra matrimonium caste vivatur* (Cat. maj.)?

(1) Bellerman, *Noticias históricas sobre los Esenios y los Terapeutas*, p. 106.

Aunque el cristianismo en sus preceptos esenciales no enseñó más que lo que ya sabía el Asia, y mejor, desde hacía mucho tiempo, para Europa fué una nueva é importante revelación que transformó radicalmente la tendencia de los espíritus en las poblaciones europeas, pues les descubrió la significación metafísica de la existencia y les enseñó á mirar más allá de la vida terrestre, vida estrecha, miserable y efímera; á no considerar esta vida como el fin del hombre, sino como un estado de dolor, de culpabilidad, de prueba, de combate y de purificación, que sirve para elevarnos mediante las virtudes morales, la renuncia más penosa de sí mismo y la abnegación, á una existencia mejor, incomprensible para nuestro espíritu. El cristianismo enseña, en efecto, la gran verdad de la afirmación y la negación de la voluntad de vivir bajo el velo de la alegoría, diciendo que la caída de Adán nos ha arrastrado á todos en su maldición, que por ella vino el pecado al mundo y lo recibimos en herencia; y que, en cambio, por el sacrificio que Jesús hizo de su vida, hemos sido todos redimidos, salvado el mundo, borrado el pecado y la justicia satisfecha. Mas para comprender la verdad oculta bajo este mito no hay que considerar á los hombres únicamente en el tiempo como seres independientes unos de otros; hay que concebir la idea platónica del hombre que es para la serie humana lo que la eternidad absoluta para la eternidad extendida en el tiempo; por eso esta idea eterna del hombre, desarrollada en el tiempo en serie de seres sucesivos, aparece de nuevo en el tiempo como una unidad mantenida por el vínculo de la generación. Si consideramos así la idea humana, veremos representada en la caída de Adán la naturaleza finita, animal, pecadora del hombre, aquella por virtud de la

cual es un ser pasajero, condenado al pecado, al dolor y á la muerte. Por el contrario, la vida, las enseñanzas y la muerte de Jesucristo representan el aspecto sobrehumano, la libertad, la redención del hombre.

Desde este punto de vista, toda criatura humana es á la vez y virtualmente Adán y Jesús, según se comprenda á sí misma y según se determine su voluntad; de esto depende que el hombre esté maldito y destinado á la muerte ó esté salvado y participe de la vida eterna. Estas verdades, así en el sentido alegórico, como en el directo, eran nuevas para los griegos y los romanos que se absorbían enteramente en la vida y no miraban más allá. Para convencerse de ello, no hay más que leer lo que Cicerón (*Pro Cluentio*, capítulo LXI) y Salustio (*Catil.*, cap. XLVII), pensaban de nuestra condición después de la muerte. Los antiguos, aunque muy adelantados en todas las materias del pensamiento, no eran más que niños en este punto capital; estaban más atrasados que los mismos druidas, los cuales enseñaban la metempsicosis. Aunque uno ó dos filósofos, como Pitágoras y Platón tuviesen ideas más elevadas, estas excepciones no alteran la regla.

Así pues, la verdad suprema, la más importante que puede existir, la hallamos en el cristianismo como en el brahmanismo y el budhismo, y nos enseña la necesidad de ser redimidos de una existencia condenada al dolor y á la muerte, señalándonos como medio de conseguirlo la negación de la voluntad, es decir, una victoria decisiva sobre la naturaleza. Pero como se ve, esta verdad es contraria á las inclinaciones naturales de la especie humana y difícil de comprender con arreglo á sus verdaderos principios, pues todo aquello que sólo puede presentarse al pensamiento de

una manera general y abstracta, es completamente incomprendible para la inmensa mayoría de los hombres. Por eso, á fin de poner á su alcance prácticamente esta gran verdad, ha sido menester valerse de un vehículo alegórico ó, por decirlo así de un recipiente, sin el cual se habría evaporado y perdido. La verdad ha tenido que cubrirse con el velo de la fábula y referirse además en cada ocasión á algún dato histórico ya conocido y reverenciado. Lo que *sensu proprio* será incomprendible para las masas de todos los tiempos y todos los países, por sus sentimientos vulgares, su inteligencia limitada y su grosería general, tiene que serles presentado *sensu allegorico*, á fin de que puedan comprenderlo y guiarse por ello.

Las religiones antes citadas son los vasos sagrados en los cuales se conservó en forma adaptada á la inteligencia de las masas y propia también para su transmisión al través de los tiempos, la verdad conocida y enunciada desde hace millares de años, acaso desde el origen de la humanidad, pero que eternamente será para la multitud una doctrina esotérica, un misterio. Mas todo lo que no se compone exclusivamente de los elementos incorruptibles de la verdad pura, está expuesto á la destrucción; por eso cada vez que el vaso al ponerse en contacto con una época heterogénea que no le es propicia, amenaza quebrarse, es indispensable para salvar su contenido sagrado y conservárselo á la humanidad, recurrir á un nuevo recipiente. Ese contenido es la verdad sin mezcla; la filosofía es quien tiene la misión de presentarle puro, claro, bajo la forma de nociones abstractas únicamente y, por lo tanto, sin vehículo de ninguna clase, para uso de una minoría muy exigua de personas capaces de reflexionar. Comparada con las religio-

nes, la filosofía es una línea recta y aquéllas son curvas, pero todas conducen al mismo punto, pues la filosofía enuncia y toca directamente lo mismo que las religiones alcanzan por medio de rodeos y muestran disfrazado. Si para dilucidar con un ejemplo lo que acabo de decir, siguiendo al mismo tiempo una moda filosófica de los actuales tiempos, quisiera yo interpretar con arreglo á los principios de mi filosofía el misterio más elevado del cristianismo, el de la Trinidad, podría, usando de las licencias admitidas en semejantes comentarios, salir del paso de la manera siguiente. El Espíritu Santo es la negación decidida de la voluntad de vivir; el hombre en quien se manifiesta *in concreto* es el Hijo, el cual es idéntico con la voluntad que afirma la vida y produce el fenómeno del mundo visible, es decir, con el Padre, en el sentido de que la afirmación y la negación aunque contradictorias emanan de una misma voluntad, igualmente apta, para negar ó para afirmar, lo cual constituye el único libre albedrío verdadero. Pero entiéndase bien que no digo esto más que como un *lusus ingenii*.

Antes de terminar este capítulo, quiero insistir todavía sobre lo que designé en el § 68 del primer volumen con la denominación *Δευτερος πλους* es decir, esa segunda vía que conduce al hombre á la negación del querer, después de haber experimentado algún gran dolor y no por haberse apropiado solamente el dolor universal y haber visto en él la inanidad y el desconuelo de la existencia. Podemos darnos cuenta del efecto que produce en el corazón humano esta exaltación purificadora, comparándole con el que experimenta todo hombre impresionable cuando asiste á la representación de una tragedia; ambos sentimientos tienen cierto parentesco. El espectador de la tragedia,

en el tercero y cuarto acto, se siente dolorosamente afectado y agitado, viendo al héroe cada vez más en peligro de perder su dicha y cuando al llegar el desenlace esa dicha naufraga y se deshace enteramente, aquél experimenta, sin embargo, una especie de exaltación interior que le suministra un contento de naturaleza infinitamente más elevado que el que hubiera podido darle el ver al mismo personaje triunfante y dichoso. Lo que en este caso se produce bajo la forma de una compasión mitigada por la conciencia que tenemos de que es una ilusión lo que la ha dado origen, acaece semejantemente, pero con toda la energía de la realidad con que siente cada ser su suerte, cuando algún gran infortunio impulsa al hombre á buscar refugio en la resignación absoluta. De ahí nacen todas esas conversiones que transforman al hombre y que he descrito en el primer volumen. He referido la de Raimundo Lulio. La del abate de Rancé, merece ser consignada á causa de los resultados duraderos que produjo; por lo demás, se parece de un modo sorprendente á aquella otra. He aquí en pocas palabras su relato. Rancé había consagrado su juventud al placer y á la voluptuosidad; después se enamoró perdidamente de la duquesa de Montbazon. Una noche, al ir á verla, encontró la habitación desierta, en desorden y á oscuras. Su pie tropezó con un objeto en el suelo. Era la cabeza de su amada, que había muerto repentinamente y á quien habían separado la cabeza del cuerpo, por ser éste demasiado largo para el féretro de plomo en que iba á ser colocado. Después de haberse sobrepuesto á su inmenso dolor, Rancé entró en 1663 en la Trapa, llegó á ser reformador de la Orden, que se había apartado totalmente del rigor de su regla y la redujo á ese extre-

mado renunciamiento que hoy es su base. Cuandose visita la Trapa se siente uno dominado por un santo terror, al ver semejante negación de la voluntad, practicada metódicamente por medio de las más duras privaciones y de una existencia austera y penosa. Desde el momento de la llegada, se siente conmovido el visitante por la humilde acogida de estos verdaderos monjes, que extenuados por el ayuno, por el frío, las vigiliass, las oraciones y el trabajo, se arrodillan ante él, hijo del mundo y del pecado, para pedirle su bendición. Esta Orden monástica es la única que pudo sostenerse en Francia en medio de todos los trastornos, lo cual debe atribuirse á lo serio de esta institución, que nadie puede dejar de comprender y que no permite atribuirle ninguna segunda intención. Ni la misma decadencia de la religión ha podido quebrantarla porque sus raíces ahondan más en la naturaleza humana que las de cualquier religión positiva.

Dije en el texto que esta repentina y completa transformación de la naturaleza íntima del hombre, totalmente desatendida hasta ahora por la filosofía, se producía las más de las veces ante la perspectiva segura y cierta de una muerte violenta, es decir, en el caso de los condenados á pena capital. Para aclarar mejor la cuestión, creo que no padece la dignidad de la filosofía con referir aquí los testimonios de algunos criminales antes de su ejecución, aunque me arriesgue á que alguien trate de burlarse diciendo que me refiero á discursos patibularios. Pero no hago caso de esto; y creo que el patíbulo es realmente un lugar propio para revelaciones singulares, un sitio de observación desde donde el hombre, si no pierde el conocimiento puede ver abrirse hacia la eternidad horizontes más amplios y más claros que los que tienen la mayor parte

de los filósofos en sus psicologías y teologías racionalistas.

Véanse las palabras que pronunció al pie de la horca, en Gloucester, el 15 de Abril de 1837 un sujeto llamado Bartlett, que había asesinado á su suegra: «¡Ingleses, conciudadanos! Tengo que deciros pocas palabras, pero os suplico que las dejéis penetrar todas y cada una de ellas en vuestros corazones y las grabéis en vuestra memoria, no sólo en los breves instantes durante los cuales vais á asistir al triste espectáculo presente, sino para llevarlas fijas en la mente y repetirlas á vuestros hijos y á vuestros amigos. Esto es lo que os suplica un hombre que va á morir dentro de un instante. Lo que tengo que deciros es esto: arrancad de vuestros corazones el amor á este mundo perecedero y á sus vanos placeres; pensad menos en ellos, pensad más en Dios. ¡Hacedlo! ¡Convertíos, convertíos! Pues en verdad os digo, que sin una conversión profunda y sincera, sin el retorno á vuestro Padre celestial, no podréis esperar alcanzar jamás las regiones de la felicidad y las esferas de paz hacia las cuales tengo la convicción de caminar en este momento con pasos acelerados.» (*The Times* del 18 de Abril de 1837).

Más notables todavía fueron las últimas palabras de un asesino famoso, llamado Greenacre, ajusticiado en Londres el 1.º de Mayo de 1837. El diario inglés *The Post* publicó el relato siguiente, que reprodujo el *Galignani's Messenger* del 6 de Mayo del mismo año. «La mañana de su ejecución, una persona le exhortaba á poner su confianza en Dios y rezar para que le fueran remitidos sus pecados por la intercesión de Jesucristo. Greenacre respondió que pedir perdón por mediación del Cristo era cuestión de opinión; que él, por su parte, creía que á los ojos del Ser supremo, un musulmán

valía tanto como un cristiano y tenía los mismos derechos á la beatitud eterna. Dijo que en su prisión había reflexionado sobre las cuestiones teológicas, adquiriendo la convicción de que el patíbulo es un pasaporte para ir al cielo.» Precisamente la indiferencia que revelan estas palabras respecto de toda religión positiva, es lo que más peso da á este testimonio, pues demuestra que no estaba dictado por una creencia fanática, sino por una convicción propia é instintiva.

Véase otro hecho que refiere el *Galignani's Messenger* del 15 de Agosto de 1837, y que reprodujo la *Limerik Chronicle*. «El lunes último fué ajusticiada María Cooney, á consecuencia del espantoso asesinato de mistress Anderxon. La desgraciada reo estaba tan penetrada de la enormidad de su crimen, que besaba la cuerda que tenía al cuello, invocando humildemente la misericordia divina.» Por último, el *Times* del 29 de Abril de 1845 publica varias cartas escritas la víspera de su ejecución por Høker, el asesino de Delarne. En una dice: «Estoy convencido de que si el corazón natural no es quebrantado y renovado por la gracia divina, el hombre, por bueno y noble que sea á los ojos del mundo, no puede pensar en la eternidad sin un estremecimiento interior.»

Tales son las perspectivas que se abren hacia la eternidad desde lo alto de ese observatorio de que hablaba antes, y no siento escrúpulos al referirlas, pues el mismo Shakespeare ha dicho:

«Hay mucho que escuchar y que aprender de labios de esos convertidos.»

El cristianismo atribuye también al dolor, por sí mismo, la virtud purificadora y santificadora que acabo de mostrar, y el efecto contrario á las grandes riquezas; Strauss ha demostrado en su *Vida de Jesús*

(v. I, 2.^a parte, Cap. VI, § 72 y 73) que las bienaventuranzas ó *macarismos* del Sermón de la montaña, tienen diferente sentido en San Lucas (VI, 21) que en San Mateo (V, 3), pues este último añade á las palabras μακαριοι οι πτωχοι, τω πνευματι y á «πεινωντες» την δικαιοσυνην, por consiguiente, sólo él entiende que se trata de los simples y los humildes, mientras que San Lucas habla de verdaderos pobres; en el Evangelio de este último el contraste está entre el dolor actual y la felicidad futura.

La máxima principal de los ebionitas era que quien había gozado de su parte de dicha en este mundo no alcanzaría nada en la vida futura, y viceversa. Así en San Lucas las bienaventuranzas ó *macarismos* van seguidas de otros tantos ουαι que dirige á los πλουσιοι, á los εμπειλημενοις y á los γελωσι, de igual modo que lo entendían los ebionitas. En el mismo espíritu, dice Strauss (p. 64) está inspirada la parábola (San Lucas XVI, 19) del epicúreo y de Lázaro, que no se funda en ninguna falta del primero, ni en ningún mérito del segundo, y que para graduar la recompensa y el castigo futuros no atiende al bien ó el mal realizado en esta vida, sino al dolor ó á la dicha que se ha padecido ó disfrutado en el mundo, exactamente como lo entendía la secta ebionista. Strauss añade: «Los otros sinópticos (Matt. XIV, 15, Marcos X, 17; Lucas XVIII, 18) atribuyen á Jesús el criterio de dar el mismo valor á la pobreza exterior, en el relato del mancebo rico y en la imagen del camello y el ojo de la aguja.»

Analizándolo bien, se hallará que los pasajes más famosos del Sermón de la Montaña, enseñan la pobreza voluntaria, y, por consiguiente, la negación de la voluntad. El precepto (S. Matt., V, 40 y siguientes) de dar todo aquello que se nos reclama, de ofrecer nues-

tra capa al que quiere pleitear con nosotros pidiéndonos nuestra túnica, etc., y aquel otro precepto (Idem, VI, 25-34) de no inquietarse con lo por venir, ni siquiera por el día siguiente, y de vivir al día, son reglas de conducta cuya observancia conduce infaliblemente á la pobreza absoluta, y que dicen indirectamente lo que Budha dice directamente á sus discípulos y predica con el ejemplo, á saber: «Despojaos de todo y haceos *bikschous*»; es decir, mendigos. Esto se desprende todavía más claramente del pasaje de San Mateo (X, 9-15), donde se ordena á los Apóstoles no poseer nada, ni siquiera sandalias, ni un bastón, y vivir de limosnas. Estos preceptos fueron después la base de la Orden mendicante de San Francisco. (Bonaventura: *Vita S. Francisci*, c. III.) Por eso sostengo que el espíritu de la moral cristiana es idéntico al del brahmanismo y el budhismo. De acuerdo con todo lo que acabo de exponer, Meister Eckhard dice: (*Obras*, v. I, pág. 492): «La cabalgadura más rápida para llevarnos á la perfección, es el dolor.»